



Lidamor de Escocia

JUAN DE CÓRDOBA

Introducción y edición de

RAFAEL RAMOS



Universidad
de Alcalá

SERVICIO DE PUBLICACIONES

INSTITUTO UNIVERSITARIO
DE INVESTIGACIÓN
MIGUEL DE CERVANTES

✻ 2020 ✻

Un libro en busca de su autor

En Salamanca, el 28 de junio de 1534, víspera de San Pedro y San Pablo, se terminó de imprimir el *Libro primero del valeroso e invencible caballero Lidamor, hijo del esforzado rey Licimán de Escocia*, hoy más conocido por el nombre de su protagonista, *Lidamor de Escocia*, uno de los libros de caballerías más extraños que han llegado hasta nuestros días¹. Solo se conoce esta edición, de la que además ha sobrevivido un único ejemplar, singularidades que han entorpecido especialmente su estudio y que solo se dan en otros dos títulos entre los más de cincuenta que tradicionalmente conforman este género: *Floriseo* (1516) y *Rosión de Castilla* (1586)². Por si fuera poco, ese único testimonio no está completo y se custodia en una biblioteca de difícil acceso, en San Petersburgo. Sin duda, ese cúmulo de rarezas ha provocado que, hasta el momento, apenas haya sido tenido en cuenta por los investigadores de estas obras, ya de por sí poco estudiadas hasta estos últimos decenios³.

De su autor, Juan de Córdoba, no se tienen más noticias que las que aparecen en la portada de su libro: que a la sazón era «vezino de Salamanca» y que ostentaba el título de «maestre», aunque no se especifica si este se refiere a una dignidad, a un oficio mecánico o a cualquiera de los oficios liberales (profesor, médico...) a los que se solía asociar esta palabra. Indirectamente, también se ofrece otro dato interesante para indagar sobre su personalidad, como es el hecho de que con su relato intentó halagar a don Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba (1507-1582), el aristócrata más poderoso de su ciudad, al dedicárselo y exhibir las armas de este en su espectacular portada. El dato es significativo, pues el momento de la impresión coincide con una de las escasas estancias prolongadas del duque en sus estados, dos años enteros, entre su regreso del socorro de Viena (mediada la primavera de 1533) y su partida a la conquista de Túnez (fin de la primavera de 1535), siempre al servicio del emperador⁴, quien, además, visitó Alba de Tormes y Salamanca entre el 13 y el 22 de junio de 1534. Todavía debían resonar los vítores al César en

¹ Este trabajo se ha beneficiado del proyecto de investigación PID2019-109214GB-I00 financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades.

² Para cuanto se refiere a las ediciones antiguas de libros de caballerías mencionadas en esta introducción, se remite siempre a la magna bibliografía de Eisenberg/Marín Pina (2000).

³ Significativamente, *Lidamor de Escocia* era poco más que un simple título en el clásico estudio de Henry Thomas (1920: 144). Más atención recibió en los trabajos de Eisenberg (1972: 148; 1973: 232; 1974: 13; 1982: 71-72 y 1991-92: 356), o en la inteligente *mise au point* de Marín Pina (1995b: 327), quienes destacaron la ausencia de estudios sobre esta obra. Merced a todos esos esfuerzos, actualmente se le suele recordar –aunque solo sea puntualmente– en la mayoría de los trabajos dedicados al género de los libros de caballerías. Bastará con recordar las recientes monografías de Sales Dasí (2004: 80-81, 89, 139...), Guijarro Ceballos (2007: 60, 95, 101-102, 145...) y Lucía Megías/Sales Dasí (2008: 14, 62, 113, 117, 159, 184, 235...).

Vendrían a ser la menguada excepción de ese panorama general la guía de lectura de Sáenz Carbonell (1999), la breve muestra de su contenido recogida por Ramos (ed. 2001) y la escueta nota de este mismo (2010).

⁴ Véase Kamen (2004: 32-35).

los oídos de todos cuando, una semana más tarde, apareció el volumen. Además, el colofón añade que el autor imprimió el libro «a su costa», esto es, que no encontró un librero que aceptara correr con los gastos de la stampa de su obra y, de hecho —en lo que parece que se había convertido en una práctica habitual para los libros aparecidos en esta ciudad a lo largo del primer tercio del siglo XVI—, ni tan siquiera se especifica el nombre del taller de imprenta que realizó el trabajo. Solo los recientes estudios tipobibliográficos han sugerido que pudo realizarse en el de Juan de Junta, activo en Salamanca desde 1532, aunque esa atribución no resulta tan segura como cabría esperar⁵. Es, desde luego, otra rareza en el mundo de los libros de caballerías impresos. Entre los que se han conservado, solo la primera edición de los dos primeros títulos del ciclo de los Palmerines (*Palmerín de Olivia* y *Primaleón*, estampados respectivamente en 1511 y 1512), así como la primera edición de *Polindo* (1526), aparecieron sin que se especificara el nombre de su imprenta.

Es de suponer que si el azar hubiera conservado el texto en el que Juan de Córdoba dedicaba su obra al duque de Alba se podrían encontrar en él otros datos que facilitarían su identificación: los motivos que le impulsaron a escribir este libro y a pensar que podría ser bien recibido por el dedicatario, la relación que le podía unir a esa casa nobiliaria, los modelos culturales en que se inscribía... Pero, por desgracia, el único ejemplar conservado del *Lidamor* está falto, entre otros, del folio a² de su primer cuaderno, entre la portada y la tabla, en el que presumiblemente figuraría esa dedicatoria. Uno o dos folios para ese menester aparecen, hacia esos mismos años y en ese lugar, en las ediciones de *Amadís de Grecia* (Cuenca, Cristóbal Francés a costa de Atanasio de Salcedo, 1530; Burgos, Juan de Junta, 1535), *Florambel de Lucea* (Valladolid, Nicolás Tierri, 1532), *Amadís de Gaula* (Venecia, Juan Antonio de Sabia a costa de Juan Batista Pedrazano, 1533), *Platir* (Valladolid, Nicolás Tierri, 1533) o *Primaleón* (Venecia, Juan Antonio Nicolini de Sabio a costa de Juan Batista Pedrazán, 1534), por lo que es hartó probable que también sucediera lo mismo en esta ocasión.

Así las cosas, cualquier intento de atribuir el libro a alguno de los diversos Juanes de Córdoba identificados en Salamanca en esa época no deja de ser una mera especulación y está condenado de antemano al fracaso, pero es inevitable referirse a ellos. En alguna ocasión se ha prohijado a Juan de Córdoba, un soldado con cierta formación cultural que, tras combatir en Flandes y Alemania al servicio del emperador, marchó a América, se enroló en la expedición del salmantino Francisco Vázquez de Coronado (1540-1542) y profesó en la Orden de Predicadores en México hacia 1543⁶. En su vejez fue autor de dos trabajos sobre la lengua zapoteca (*Vocabulario en lengua zapoteca* y *Arte en lengua zapoteca*, ambas publicados en México, 1578)⁷. El libro sería, en fin, una obra de juventud, realizada tras sus primeras campañas, a la que no se volvería a referir y de la que acaso se arrepentiría años más tarde. Se hace atractiva la idea de que este antiguo soldado, interesado en la enseñanza de las lenguas extranjeras —tema sobre el que en el libro se insiste una y otra vez— pudiera ser el autor del *Lidamor*, pero no hay el menor indicio de que residiera en Salamanca hacia 1534.

⁵ Véase, más adelante, nota 57. Para la fecha, véase Delgado Casado (1996: I, 352). Por otro lado, el hecho de que este libro se imprimiera a costa de su autor resulta especialmente importante desde un punto de vista económico, pues Juan de Córdoba no solo debió afrontar los gastos de impresión sino que es muy probable que el grabado de su deslumbrante portada, tallada expresamente para esta ocasión (así lo vendría a demostrar la inclusión de las armas de duque de Alba, aunque parece inspirada en las del *Reimundo de Grecia* y el *Reinaldos de Montalbán*, impresos en Salamanca en 1524 y 1526 respectivamente), y finalmente estampada a dos tintas, también corriera de su cuenta.

⁶ Cfr. Palau y Dulcet (1923-27: II, 294; 1948-77: IV, núm. 61872), quien en ambas ocasiones se hace eco de Nodier (1829: I, 723), aunque con serios reparos.

⁷ Jiménez Moreno (1942: 9-12).

Mejor candidato resulta otro fray Juan de Córdoba, también de la Orden de Predicadores, quien profesó en el convento de San Esteban de Salamanca el 3 de marzo de 1529, impartió clases de teología en la universidad como sustituto de fray Francisco de Vitoria y fray Domingo de Soto, y falleció hacia el principio del curso académico 1547-1548⁸. Vendría a reforzar esta atribución el hecho de que fue un tío del III duque de Alba, don Juan Álvarez de Toledo (1488-1557), entonces obispo de Córdoba, quien erigió la iglesia del nuevo convento de San Esteban⁹, o el hecho de que a lo largo del *Lidamor* se insiste repetidamente en la importancia que tienen los maestros en la educación de los jóvenes. Asimismo, el interés con que se tratan algunos temas religiosos en el libro o su clara actitud de rechazo hacia el amor carnal —de los que se hablará con detalle más adelante—, se avendrían bien con esa autoría. Sin embargo, el hecho de que sería poco menos que impensable que un circunspecto religioso escribiera un texto tan fútil como un libro de caballerías y de que el autor no apareciera calificado como fraile serían un obstáculo notable.

Pero hacia esos mismos años hubo al menos otro Juan de Córdoba vecindado en Salamanca. Se trataba de un maestro zapatero prácticamente analfabeto que aparece documentado en un reconocimiento de deuda de 1527 maravedís al mercader Juan Montero por el importe de unas telas, efectuado el 18 de junio de 1533¹⁰. Aunque a primera vista puede parecer del todo punto imposible que un zapatero semianalfabeto escribiera un libro de caballerías, no hay que olvidar que en esa época no era algo fuera de lo común. A partir del siglo xv comenzaron a multiplicarse los que podríamos llamar escritores analfabetos, esto es, los que pedían a otras personas que escribieran por ellos. El fenómeno no era nuevo y está documentado desde la Antigüedad, pero fue hacia esta época cuando se empezó a generalizar por toda Europa, al multiplicarse los «libretti manoscritti di carattere devozionale, narrativo-fantastico, medico (ricettari), magico, tecnico, ecc. prodotti direttamente da scriventi appartenenti alle classi subalterne e spesso semialfabeti»¹¹. Figuras como esas debieron de ser habituales en el ámbito de los libros de caballerías españoles, que tanto excitaron la imaginación de las clases más populares simplemente al escucharlos. Bastará con recordar el episodio de los segadores narrado en *Don Quijote* (I, 32): «cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las siestas muchos segadores, y siempre hay algunos que saben leer, el cual coge uno destes libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta y estámosle escuchando con tanto gusto que nos quita mil canas», en que el propio ventero Juan Palomeque, su hija y Maritornes disfrutaban de estas obras¹². El paso de esa lectura pasiva a la escritura —aunque no fuera propia, sino alquilada— no resultaría infrecuente, aunque no siempre se habría conservado el resultado¹³. En sus *Advertencias* para ampliar el Índice de libros prohibidos de 1583, el calificador del Santo Oficio fray Diego de Arce adujo algunos casos especialmente significativos:

⁸ Muñoz Iglesias (1959: 10); Langella (2010: 28, 61-63 y 69).

⁹ Castro Santamaría (1994).

¹⁰ Archivo Histórico Provincial de Salamanca, Fondos Notariales, Pedro González, leg. 2925, f. 550r-v.

¹¹ Petrucci (1978: 455).

¹² Cervantes, *Don Quijote de la Mancha* (ed. 2015: I, 404-405). Un caso parecido relata Juan de Arce de Otálora a mediados del siglo xvi: «En Sevilla dicen que hay oficiales que las fiestas, a las tardes, llevan un libro desos a las gradas y le leen, y muchos mozos y oficiales y trabajadores, que habían de jugar o reñir o estar en la taberna, se van allí a oír, y si fuese menester, pagarían a maravedí por que los dejasen» (*Los coloquios de Palatino y Pinciano*, ed. 1995: I, 455). Actualmente, en efecto, y pese a las reticencias que se habían expresado inicialmente (Chevalier 1968; Eisenberg 1973), parece fuera de toda duda que durante los siglos xvi y xvii el éxito de los libros de caballerías fue rotundo entre las clases populares, y no solo entre las más adineradas (cfr. Bognolo 1993, Chartier 1997 y Chevalier 1997).

¹³ Recuérdese que unos años más tarde, en 1555, Diego Ortúñez de Calahorra cargó en su prólogo al *Espejo de príncipes y caballeros* contra todos los malos autores de libros de caballerías, que «con estilo dessabrido y rudo nos atruenan las orejas,

230. b. a. l. u. a.
manip. de coris.



Libro Primero del valeroso z inuicible cauallero Lidamor hijo de le esforçador rey Liciman de loçia: en el qual se tratá sus vèturossas hazañas. Dirigido al illustrissimo señor don Herná dalvarez de Toledo. duq̃ daluamanc de Cordocõde de suatierra, zc. Pluciamete. quèstopormes Joan de Cordouarezino de Salamanca.

Libro primero del esforçado y invencible cavallero Lidamor de Escocia, hijo del rey Licimán, en el cual se tractan las grandes hazañas suyas y de otros esforçados cavalleros de que la presente historia hará mención

Capítulo primero. Que tracta del nascimiento del príncipe Licimán y del infante Onorteo, y de lo que más avino

[E]n el reino de Escocia, que es una provincia que confina con Noruega e Inglaterra, ovo un príncipe muy noble que llamavan Liciano de Escocia, el qual siendo cavallero andante acabó grandes cosas en armas por muchas provincias que anduvo, como en su corónica se cuenta. Y bolviéndose a su reino por la muerte del rey su padre, fue jurado por rey y señor de Escocia. Y así estuvo en el reino algunos días sin plazer ninguno, que más quisiera él andar por el mundo a buscar aventuras que ponerse tan presto en cuidado de gobernar aquel reino. Pero viendo sus vasallos que mientras no fuesse casado no le ternían seguro en el reino, suplicáronle muchas vezes que quisiesse tomar muger para que oviesse hijos que después de sus días sucediessen en el reino. Y viendo el príncipe su mucha importunación y la gran razón que para ello tenían, díxoles que él era contento, pues ellos así lo querían, de tomar muger. Y como él oviesse andado muchos reinos y señoríos y oviesse visto muchas hermosas donzellas, entre las cuales fue una que era hija del rey

de Irlanda de la cual él más estava pagado que de otra ninguna que él oviesse visto, y acordó luego de la embiar a demandar al rey, y hizo sus cartas y embiolas con sus embaxadores. Y quando el rey de Irlanda supo por los embaxadores cómo el príncipe Liciano era ya rey, e que embiava a demandar su hija, fue el más alegre del mundo dello por dar a su hija a un tan buen cavallero. Y luego otorgó la infanta Armineda, que así se llamava, a los embaxadores, y con gran parte de su tesoro y riquezas se la entregó; los cuales, besándole las manos, se despidieron del rey y se recogeron a sus naos muy alegres por el buen recabdo que llevavan. Y así llegaron a Escocia, donde el rey Liciano recibió a su muy querida muger y a los embaxadores con mucha alegría. Y así fueron hechas las bodas, y en ellas se hizieron grandes fiestas y torneos, que gran plazer tomaron. Y así passaron algunos días en los cuales en todo el reino se hazían grandes fiestas, porque todos amavan al rey Liciano de corazón, porque lo hazía muy bien con todos, teniéndolos en mucha justicia y haziendo muchas mercedes a los que las merecían.

Y así, mediante este tiempo, la reina se hizo preñada, y a su tiempo parió dos hijos de un vientre, los más hermosos que en el